



# El Mercado de Granollers

Per Jorge Pérez Castanedo

Hoy es jueves. Por unas horas, la ciudad de Granollers, se disfraza de pueblo y recuerda cuando los “payeses” venían a vender sus productos. Comprar al aire libre, rodeado de vecinos, productos de la tierra, como se ha hecho desde la antigüedad, me hace sentir más próximo a la naturaleza y a la gente.

Voy bajando hacia la calle mayor cruzándome con personas que vuelven a sus casas empujando el carro lleno. Me fijo en los más mayores. Suelen ir en pareja, apoyándose el uno al otro para soportar mejor el peso del carro y de los años. También veo a abuelitas solas, inclinadas sobre la compra, que avanzan con paso inseguro hacia el final con el valor de seguir siendo autónomas.

Ya estoy en el mercado, en la parte que vende ropa. Paso con indiferencia entre los gritos de los vendedores. No me interesa. Aunque, esta parada de chaquetas tejanas es muy barata. ¡Ah!, claro, son de segunda mano. Me alegro, hay que reciclar.

Giro hacia la calle del ambulatorio y aparecen los vendedores de nostalgia: objetos viejos, discos de vinilo, libros antiguos, monedas. Casualmente, están cerca del museo y el “casal de avis”. Suenan las campanas de la iglesia. Me informan de la hora y, a la vez, de una manera casi mágica, acentúan la sensación de atemporalidad que me produce el mercado. El final de la calle está medio obstruido por un vehículo-tienda muy grande que vende utensilios de cocina. La luz se refleja en el acero inoxidable y contrasta con la dulzura de las naranjas de la parada siguiente.

Hemos llegado al corazón del mercado. Grandes pilones de naranjas, mandarinas, limones, plátanos, tomates, pimientos, manzanas, uvas, lechugas, puerros, etc. Es un festival de colores. Compruebo por enésima vez el porqué muchos colores y sus tonalidades tienen nombre de frutas. Las castañas, las granadas y los “rovellons” me recuerdan que estamos en otoño.



Hay mucha gente. Algunos hacen corrillos para hablar entre ellos y obstruyen el paso de los carros. Pero es normal, hay que socializar. Yo, también me paro si encuentro algún conocido. Se escuchan diferentes idiomas. No conozco otro sitio donde convivan y se mezclen mejor las diferentes culturas y clases sociales, sin dejar de ser muy popular. Todos tenemos que comer, ¿no?

Primero, antes de comprar, doy una vuelta. ¿Dónde compro? El aspecto de la fruta es importante, pero con los transgénicos, a veces, no se relaciona con el sabor. El otro día, leí que en época de los romanos las frutas eran mucho más pequeñas. No hay nada más humano que manipular la naturaleza, pero nos pasamos de listos. Para saber si están más o menos maduras hay que palpar y oler la fruta, pero como han estado en cámaras todo queda disimulado. Mucha teoría, pero como soy un novato +, compro en las paradas donde hay más gente por aquello de “por algo será”. Eso sí, me fijo en el precio; aún tengo clavadas las 2.000 pesetas que me cobraron por un puñado de cerezas de principio de temporada en el 95. Compro lo de siempre más una bandeja de “rovellons” con su perejil de regalo.

Muchas paradas son familiares, con padre, madre e hijos vendiendo. Mientras escojo unas mandarinas, escucho la conversación con otro cliente. Se queja de tener que cobrar electrónicamente y comenta que podría cobrar hasta un 20% menos si solo se pagase con dinero. Supongo que es por los impuestos. Me siento un poco culpable, porque yo también pago con el móvil. Todos son amables. Algunos, incluso, utilizan gafas de vendedor y te ven mucho más joven y guapo. Les devuelvo las gracias. Esto es un intercambio en beneficio mutuo.

Ya estoy en la parte final de la zona comestible. Me llega un intenso olor a “pollo l’ast” que, de manera clara, es el responsable de que, en contra de las instrucciones de mi mujer, compre uno con patatas. Me reñirá, pero le explicaré que el olfato es el sentido más primitivo y que conecta directamente con la parte más emocional del cerebro. Seguro que lo comprende. El chico que me atiende lo corta en cuatro trozos y le pido que añada un poco de aceite. Leo en los ojos del chico que me reconoce de otras veces. Ya no soy tan anónimo.



Paso por delante del mercado municipal de Sant Carles, en donde siempre se instala una parada de plantas y flores. Podría hacerme perdonar el pollo con unos claveles. Mejor no la liemos más.

Voy zigzagueando entre mujeres que buscan su talla en montañas de ropa barata. Y dejo atrás el mercado por la calle de la Fonda de Europa y el Casino, donde un músico callejero alegra el ambiente con las canciones siempre.

Una última parada en la panadería de “toda la vida”. Y salgo, finalmente, para casa con el pan y el calor de la sonrisa de la dependienta.